



Retrato de Santa Teresa pintado por fray Juan de las Miserias, para el cual posó la Santa. Convento sevillano de Carmelitas Descalzas.

HOMENAJE  
DE LA REAL ACADEMIA SEVILLANA  
DE BUENAS LETRAS A  
*Santa Teresa de Jesús*  
EN EL CENTENARIO DE SU MUERTE

---



## TERESA DE JESUS, SANTA Y MAESTRA

Por FRANCISCO ALVAREZ SEISDEDOS

En cierta ocasión, el emperador Carlomagno, que tuvo el acierto de reunir a los hombres más sabios de su tiempo para crear con su ayuda un gran renacimiento literario, había dicho al término de la lectura en común de un capítulo de la Ciudad de Dios: «¡Ah, si tuviese en torno mío doce sabios como S. Agustín!». El monje Alcuino, a quien el Emperador después de conocerlo en Pavía, había puesto al frente de las Escuelas de palacio y que condensa uno de los más bellos esfuerzos que ha hecho la Iglesia para restaurar la cultura, le respondió: «El Creador del cielo y de la tierra no hizo otro hombre semejante a él y ¿tú quieres tener una docena?»

El monje de York no recordaba seguramente las palabras de S. Juan Crisóstomo, el maestro eminente de la Escuela exegética de Antioquía y el más ilustre comentarista de S. Pablo, para quien el mundo no vería jamás otro hombre como Pablo de Tarso, vaso de elección transformado por la gracia y que no había de tener igual en la tierra.

Ese recuerdo a S. Juan Crisóstomo nos evoca unas palabras del retórico Libanio, el maestro que guió sus primeros pasos por el mundo de las letras y cuyo ingenio le llenaba de orgullo. Pues bien, ese sofista, pagano empedernido, amigo fiel de Juliano el Apóstata, decía, refiriéndose a la madre de S. Juan Crisóstomo: «¡Dioses de la Grecia, qué mujeres hay entre los cristianos! Si el genio, por tanto, del discípulo lo halagaba y llenaba de satisfacción, su madre, tipo de la mujer fuerte, lo maravillaba y sobrecogía de asombro. Y ¿qué hubiera dicho de Teresa de Jesús, de la cual, salvo la Santí-

sima Virgen María con la cual no hay comparación posible, podamos tal vez afirmar que no ha existido jamás mujer más extraordinaria? Gabriel y Galán, el poeta castellano, delicado y sentido, que cultivó el rincón de su huerto sin ambiciones ni jactancias, se pregunta en una de sus composiciones como cantor del prototipo de la mujer castellana: «¿Quién es la maravilla que así admiras, muda y queda? O es Teresa de Cepeda o es Isabel de Castilla».

A este respecto, aunque sobradamente conocido, no dejaré de citar el escrito que el maestro Fray Luis de León, a quien sorprendió la muerte antes de terminar de escribir la vida de Santa Teresa, dirigió a la Madre Priora Ana de Jesús y a las religiosas Carmelitas Descalzas del Monasterio de Madrid el 15 de septiembre de 1587: «Yo no conocí ni vi a la Santa Madre Teresa de Jesús mientras estuvo en la tierra; mas ahora que vive en el cielo, la conozco y veo casi siempre en dos imágenes vivas, que nos dejó de sí, que son sus hijas y sus libros. Efectivamente —continúa Fray Luis— si conforme al dicho del divino Maestro: «Por sus frutos los conoceréis», la virtud y la santidad de la Santa Madre Teresa, viendo sus libros y las obras de sus manos, que son sus hijas, se manifiestan patentes, por cuanto, mediante la virtud que en todas resplandece, se conoce sin engaño la mucha gracia que puso Dios en la que hizo para madre de este nuevo milagro, que por tal debe ser tenido lo que Dios hace ahora en ellas y por ellas».

Así es en verdad, dotada por el Señor de maravillosas prendas naturales, inteligencia soberana, penetrante y certera; voluntad firme, capaz de resistir y vencer todas las dificultades; sensibilidad fina, delicada y abierta a todas las emociones humanas; corazón franco, ardiente, que se conmovía a la vista de la naturaleza y se derrama en las más tiernas efusiones de la amistad diríase que quiso realizar en ella el ideal humano, a fin de llenarla de su Espíritu y revelar a los hombres la ciencia trascendente de la vida espiritual. Sobre estas prendas naturales, la gracia la colmó con sus mejores carismas. Escritora mística por excelencia, el precioso legado de sus obras, que dejó a sus hijas y a la Iglesia, que tanto amó,

destilan la ciencia de la verdadera espiritualidad, escritas, afirma un poeta inglés, no en idioma español, sino celestial. Siempre es Teresa de Jesús la inspirada escritora, y puesto que la gracia no destruye la naturaleza, sino que la exalta y transfigura, con ella subieron al cielo las virtudes de la estirpe y descendió la gracia creadora de su lengua, que ha sabido caldear sus escritos con el fuego santo de una llama, que contagia con su incendio el corazón del lector.

Sea bendito Cristo Jesús en Teresa y con Teresa, la hija de la Iglesia, insigne gloria de España y del mundo entero y que sigue viva, presente, operante en el pueblo de Dios como madre y maestra, como doctora de un mensaje perenne, para llevar por doquier con su presencia la simpatía de su palabra, el amor, la paz, la alegría de Cristo y del Evangelio, hecha ella misma evangelio viviente en la infinita ternura de Dios para con los hombres.

Hay un pasaje en S. Mateo, palabras bellas entre las divinas, en que el divino Maestro da gracias al Padre por haber ocultado los secretos de que el Hijo era depositario a los sabios y prudentes y haberlos revelado a los sencillos; es a ellos a quienes dirige este llamamiento: «Venid y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas». Al Maestro, manso y humilde de corazón, acudió Teresa de Jesús para beber en su corazón las aguas del Espíritu, ríos de agua viva para derramar en sus obras la única ciencia que, en realidad de verdad, es necesario conocer.

La gran mujer, doctora y santa tiene una personalidad tan grande, que no es propiedad de una orden o de un pueblo; viene a ser universal o católica como la misma Iglesia y atrae las miradas de los sabios al igual que de las personas sencillas; es la santa de corazón inmenso como las arenas de las orillas del mar. En los últimos años de su vida todas sus facultades aparecen prodigiosamente armonizadas para formar un tipo psíquico perfecto delante del cual sentimos esa admiración profunda, que despiertan los más grandes genios de la humanidad. Dotada por el Señor de maravillosas prendas naturales, diríase que ha querido realizar ese ideal humano para

llenarlo de su espíritu y revelar a los hombres aquella ciencia trascendente de la vida espiritual, la única verdadera sabiduría. Teresa no sólo enriqueció el patrimonio de la humanidad, sino que lo amplió extraordinariamente, trayendo del cielo tesoros maravillosos de verdad divina, envueltos en el manto de oro de la belleza. Tenía Teresa en los designios divinos una misión que cumplir, que aún perdura: qué poder de acción; qué fecundidad de vida; qué grandeza de pensamiento; qué fuerza de voluntad. El más alto heroísmo ilumina su frente y en su vida brilla la luz de la verdadera grandeza. Y si los santos han sido los frutos más bellos del árbol de la humanidad, los más puros representantes de su tiempo y de su raza, que siguen produciendo en la tierra frutos maravillosos de heroísmo, de amor y de santidad, Teresa de Jesús ocupa un lugar preeminente entre ellos.

En la profunda, bella y larga homilía pronunciada en honor de la Santa por Pablo VI, con motivo de la declaración solemne de su doctorado en la Iglesia universal, después de decir emocionadamente que veía aparecer ante sí la extraordinaria santa española como una mujer excepcional, irradiando en torno a sí la llamada de su vitalidad humana, de su vivacidad espiritual como reformadora y fundadora de una histórica e insigne orden religiosa, como escritora genial y fecunda hasta ser justamente llamada por todos Maestra de vida espiritual, se preguntaba el Pontífice de dónde vino a la Santa de Avila semejante venero de doctrina. Y el Papa se contestaba a sí mismo diciendo que si habían influido en su cultura humana las lecciones recibidas de sus confesores en una dirección espiritual rigurosa y exacta y una vivencia especial del ascetismo más exigente, sobre todo había sido el desarrollo admirable de la gracia, que llenaba su alma y la unión íntima con Dios, que elevó y transformó su enorme amor humano en el amor divino, lo que la hizo descubrir la doctrina espiritual que nos ha legado por medio de sus incomparables escritos, tanta y tan sabia que difícilmente podrá encontrarse entre los escritores católicos un arsenal de espiritualidad mayor, enaltecido por un mensaje de oración que Pablo VI califica de canto y música del espíritu. Teresa, que había sido

arrebatada a las más altas cimas de la contemplación, empieza al mismo tiempo su vida activa, desplegando sus dotes prodigiosas de voluntad y organización: la mística irá en ella a la par de la fundadora y de la escritora.

Pues bien, cuando por iniciativa del Romano Pontífice actual toda España está viviendo el feliz acontecimiento del IV Centenario de la muerte de Santa Teresa, acontecida el 4 de octubre de 1582, y se siente orgullosa de que en su suelo haya nacido esta mujer verdaderamente extraordinaria en un siglo de gigantes en que brillaron tantos astros de primera magnitud en el cielo de su historia, y está conmemorando el año de su tránsito, no simplemente como un recuerdo histórico y glorioso del pasado, sino como una etapa profundamente religiosa y espiritual con proyección de futuro, a fin de redescubrir las dimensiones de esa mujer universal, que hizo de Cristo la vida de su vida, Teresa de Jesús, en verdad, se nos muestra como la mística doctora predestinada por Dios para ser la gloria de la nación española, cual si el Señor la hubiera elegido para ser algo así como el resumen y el conjunto de las virtudes de la raza. Y si el ser conciudadanos y compatriotas de Teresa de Jesús es para nosotros un timbre de gloria, es asimismo un compromiso para inspirarnos en ella, en sus enseñanzas y ejemplos para imitarla, contribuyendo de esta manera al servicio de Dios en la tierra.

Y, cuando España entera entona un inmenso coro de alabanza, en ese himno nacional no podía faltar la voz de esta noble ciudad, que archivo de la cortesía, hubiera faltado a su tradición, si no hubiera obsequiado rendidamente a la mujer fuerte, a la ilustre castellana, que con España ensanchó el cielo, de la misma manera que Isabel de Castilla con América había ensanchado el mundo.

Pero aun sobre todo, tenía Sevilla una obligación especial de rendir homenaje de amor y de gratitud a Teresa de Jesús, porque si fue aquí, en nuestra ciudad, donde el espíritu de la gran Santa hubo de sufrir contradicciones, trabajos y pruebas tales hasta el punto de que la misma Santa llamó su Getsemaní al año de su estancia en Sevilla, desde el 26 de mayo de 1575 hasta el 4 de junio del siguiente, también —afirma el



P. Silverio— las relaciones que la Santa Castellana tuvo con Andalucía y particularmente con Sevilla, fueron cordialísimas: así lo demuestran sus cartas escritas a raíz de su partida de Sevilla y añade que la Doctora mística descendió al sepulcro con el amor tierno a estas benditas tierras, dejando en ellas en prenda de este amor a los seres más queridos, que en vida tuvo. Por eso, llega a decir que el corazón de Teresa de Jesús, tanto como en Alba de Tormes está en Sevilla. Avila y Sevilla fueron las fundaciones más laboriosas de cuantas realizó y por eso las quiso más, porque en la ascética teresiana los trabajos son regalos y fundación amasada con ellos, era fundación en que Dios había de servirse mucho.

Es aquí, por lo demás, donde se encuentra ese libro prodigioso, el más profundo que se ha escrito acerca de la ciencia más noble y trascendente: la ciencia del amor de Dios: «Las Moradas». Ese libro sin rival es la obra donde Santa Teresa derramó lo mejor de su ser, donde está su corazón, donde arrancó del pecho de Dios los secretos más inefables que guardaba. Es, en verdad, un libro sobrehumano, un libro en que nuestra lengua se levantó de su cauce terreno, hirviendo en amor de Dios y Dios bajó a ella y la llenó de su gracia fecundante y creadora, a fin de que en ella se cuajaran las más excelsas creaciones de la mente. Y este libro sin par, la más sublime y perfecta de las obras de Santa Teresa de Jesús y que señala la cumbre de la historia del espíritu humano, lo guarda Sevilla entre planchas de oro y plata. Ahora bien, ese autógrafo es en gran manera más evocador y sugerente que un simple recuerdo histórico y literario; es una reliquia venerable además de un libro asombroso, que nos hace entrever los horizontes eternos. Sevilla, en fin, tiene también la gloria de haber recibido en la Descalcez teresiana a la primera americana, que vistió el hábito reformado, a saber, la sobrina de la Santa, Teresita, hija de su hermano Lorenzo.

Pues bien, si Sevilla debía exaltar por esos motivos la figura de esta Santa, que constituye un ejemplar único de nuestra raza, timbre de Castilla y preciado florón de las letras patrias, personalidad excepcional como mujer, como escritora, como pensadora y como mística, ha sido una feliz inspiración

que la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, con la colaboración de las Carmelitas Descalzas de esta ciudad celebre este solemne acto académico en honor de Santa Teresa de Jesús, una de las mayores figuras de la historia eclesial en frase, como hemos dicho, de Su Santidad Juan Pablo II.

En esta fecha tan memorable, esta Academia no podía olvidar este tributo de admiración a la mujer sublime a quien todos aplauden, admiran y celebran con el dulce nombre de Teresa de Jesús y quiere responsabilizarse con este acontecimiento, puesto que la obra de la Virgen de Avila perdura todavía como fuerza viva, con la misma que nació, alentando a la Iglesia en su flaqueza.

Y porque no hay personalidad en nuestra historia en quien se resuman y encarnen tan altamente los ideales patrios como en Teresa de Jesús, debemos felicitar al Sr. Director de esta Academia y a la Rvda. Madre Superiora de este Monasterio, que, interpretando acertadamente los deseos de todos sus miembros, han organizado este solemne acto en honor de esta Santa, en cuya memoria, desde el día mismo de su muerte, los hombres más eminentes le han rendido merecido tributo: Pontífices, escritores, poetas, místicos han contribuido a colocar en sus sienes la triple corona, que adornaron la fe, la sabiduría y el más puro de los amores. Y ella, que ennobleció con su presencia, con sus virtudes y con sus obras esta ciudad, y que sabía, como nadie, ser agradecida y manifestaba su gratitud en forma y con gracia inigualables, será generosa para con el Monasterio, la Academia y la ciudad haciéndoles compartir la eficacia de su oración y la belleza y dulzura de esa lengua, que recogió de los labios del pueblo de Castilla y que sabe a caliente y oloroso pan de trigo y pega a los labios dulzor del cielo y sed de Dios.

Recordemos brevemente que no es esta la primera ocasión en que Sevilla se ha propuesto honrar a Santa Teresa con actos literarios. Lo hizo muy cumplidamente el 30 de mayo de 1922 con motivo del tercer centenario de su canonización, fiesta inolvidable que debe ser recordada e imitada y que fue celebrada bajo la presidencia de S.A.R. la Srma. Infanta Doña Isabel de Borbón. Fue también, en esa coyuntura, 6 de octu-

bre de 1922, cuando fue cumplimentado el acuerdo del Claustro de Doctores de la Universidad de Salamanca de conceder el título de Doctor honoris causa a la excelsa escritora castellana, prólogo anticipado de la declaración pontificia del 27 de septiembre de 1970, en que se concedía a la Santa el Doctorado en la Iglesia universal. De esta manera, al unir Pablo VI al hábito de la santidad de Teresa de Jesús la toga de la ciencia, la ha inscrito en el catálogo de los hijos de la Iglesia, que por su ciencia y virtud constituyen su más preciado honor.

Nacido yo en la vieja Castilla, la tierra recia y fuerte, y Capellán durante 25 años de las hijas de Santa Teresa, al ofrendar con la Academia Sevillana de Buenas Letras este homenaje de amor a la Santa Castellana, me consideré obligado a dedicar unas cuartillas a la que califico como mujer milagro y pasmo de la Humanidad toda, para así contribuir por mi parte a acrecentar y divulgar la gloria de esa mujer, autora de esos libros que se han vertido a todos los idiomas, que han embelesado a tantos sabios, que han llenado de asombro y de estupor a todo el mundo, porque esta mujer, tan sencilla, tan castellana y tan española ha sabido expresar las ideas más elevadas, los misterios más hondos y ocultos del corazón, los arrobamientos y los éxtasis, las relaciones más íntimas entre Dios y el alma humana con palabras claras, acertadas y expresivas.

En Alba de Tormes, donde se custodia el sepulcro, que guarda el incorrupto cuerpo de la Santa de Castilla, así como las reliquias teresianas de excepción: el corazón y uno de los brazos, que actualmente se muestran a los peregrinos; en Alba, la recostada blandamente sobre la vega del viejo Tormes que cantó Garcilaso en sus Eglogas, he contemplado varias veces el corazón de la Santa, aquel corazón grande, henchido de amor que muestra abierta todavía la llaga hecha por el dardo del serafín; ese corazón que sobrevive a los siglos y a los hechos de la historia y a los hombres, cual si el Señor hubiera querido dárselo por modelo, dejando en este mundo regueros de luz y una huella perfumada como de aromas del cielo.

Me hubiera ilusionado hacer en este acto un breve comentario bíblico a la exposición que la Santa hace del Padrenuestro en el Camino de Perfección. ¿Cómo leía la Biblia para sí misma y para sus hijas la madre Teresa? Es verdad que no tuvo preparación técnica y, sin embargo, templo del Espíritu e iluminada por El percibía con clarividencia la verdad revelada por Dios en la Sagrada Escritura, el mensaje de salvación enviado por El a los hombres.

Puesto que a ella no le interesan las cuestiones literario-exegéticas que presenta el texto evangélico en la doble redacción de S. Mateo y de S. Lucas, voy a limitarme a señalar algunas ideas-madres, fundamentales, por tanto, que subraya la Santa en su comentario.

Comienza notando el gran amor que nos mostró el divino Maestro en la primera palabra del Padrenuestro. Efectivamente, la palabra «Padre», la más dulce de esta plegaria divina, es la que da el tono a la oración y toda su plenitud y además resume todo el Evangelio: el dogma de la paternidad divina a la vez que el de la fraternidad humana, puesto que los hijos de un mismo Padre son hermanos entre sí.

Ha visto además Santa Teresa en la oración dominical la plegaria por excelencia del cristiano, apropiada para todos los pueblos y para todas las lenguas, que habla siempre el lenguaje que conviene al alma, cualesquiera que sean las circunstancias en que se halle. Iluminada la Santa Doctora con los dones del Espíritu Santo profundiza en la palabra de Dios de un modo que no deja de asombrarnos.

Para probarlo, voy a recordar el comentario de la Santa a la primera petición de la segunda parte del Padrenuestro, a saber: «El pan nuestro de cada día, dánosle hoy».

Son bien conocidas las dificultades que contiene esta petición en que suplicamos al Señor las gracias necesarias para alcanzar los bienes eternos que le hemos pedido en las tres primeras peticiones. Admitido el sentido de que el Señor nos conceda el pan necesario para cada día, no olvidemos que muchos Santos Padres, casi todos los griegos y algunos latinos, como S. Agustín aplican este texto al pan espiritual de la gracia, especialmente al pan eucarístico: incluyamos entre

ellos a Santa Teresa y si esta interpretación puede parecer como una mera acomodación del texto sagrado, recordemos que encuentra un fundamento muy sólido en el uso antiquísimo de colocar la oración dominical en la liturgia eucarística, tanto en la Iglesia oriental como en la occidental como preparación para la comunión. En consecuencia, pidamos, sí, el sustento material de cada día para nosotros y para nuestros hermanos, pero sin olvidarnos en esa súplica de nuestro sustento espiritual, el pan eucarístico, que, verdadero alimento del alma, le confiere la inmortalidad, puesto que quien come ese pan vivirá eternamente.

Las palabras de la Santa son bien sabrosas (Cap. XXXIII): «Vista por el buen Jesús —dice— la dificultad por el hombre de cumplir la voluntad de Dios, buscó un medio admirable adonde nos mostró el extremo de amor que nos tiene y en su nombre y en el de sus hermanos pidió esta petición: «El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy, Señor. Entendamos, hermanas, por amor de Dios esto que pide nuestro buen Maestro, que nos va la vida en no pasar de corrida por ello, y tened en muy poco lo que habéis dado, pues tanto habéis de recibir». Y prosigue: «En esta petición es como decirle al Padre que ya que una vez nos le dio para que muriese por nosotros, que ya nuestro es; que no nos lo torne a quitar hasta que se acabe el mundo; que le deje servir cada día. Esto os enternezca el corazón, hijas mías, para amar a vuestro Esposo que no hay esclavo que de buena gana diga que lo es y que el buen Jesús parece se honra en ello».

Y añade (Cap. XXXIV) esta hermosa recomendación: «Pendid vosotras, hijas, con este Señor al Padre que os deje hoy a vuestro Esposo, que no os veáis en este mundo sin El; que baste para templar tan gran contento que quede tan disfrazado en estos accidentes de pan y vino, pues es harto tormento para quien no tiene otra cosa que amar, ni otro consuelo; mas suplicadle que no es falte y que os dé aparejo para recibirle dignamente... Pues si cuando andaba en el mundo de solo tocar las ropas sanaba los enfermos, ¿qué hay que dudar que hará milagros estando tan dentro de mí, si tenemos fe y nos dará lo que le pidiéramos, pues está en nuestra casa? Y

no suele su majestad pagar mal la posada si le hacen buen hospedaje. Estaos con El de buena gana; no perdáis tan buena sazón para negociar, como es la hora después de haber comulgado». La Santa sabía que la Eucaristía viene a ser como el corazón, la cima de todo el culto católico y la señal suprema de amor que Jesús nos había dado en la hora más santa de su vida, en la más codiciada de su corazón.

A las seis de la tarde del 20 de septiembre de 1582 llegaba a Alba de Tormes y el día 4 de octubre esa alma gigantesca dejaba este mundo pequeño para ella, llegando al fin de su vida terrena en profunda comunión filial con la Iglesia. Había recibido el Viático con una frenética alegría, que nos recuerda a su homónima Teresa Enríquez, «la loca del Sacramento», como la apedilló Julio II. Como pudimos comprobar durante el último verano en nuestra peregrinación a Alba de Tormes, el lugar en que se halla la estatua dedicada a la Santa, es el mismo que cruzaban sus ojos desde su celdita, enferma ya de muerte y dirigidos hacia la vega del Tormes. La fiebre de su amor y la esperanza de la felicidad eterna se aliviaban contemplando estos sotos y espesuras por donde pasó el Amado, «llenándolos de su hermosura». Gracias al cielo, en la actualidad no desdice la bien cuidada vega de los piropos con que antaño la cantaron los poetas. A un lado y en lo alto de la villa, el Castillo de los Duques, visitado por la Santa y recordado en el capítulo IV de las sextas Moradas del Castillo interior, su obra maestra.

Propiamente no podemos hablar de su muerte; fue la suya un sensible paso de este mundo al Padre, tránsito de una vida a una más plena en Xto. Jesús; fue el paso a una contemplación, no ya lograda a través del velo de la fe, sino en visión cara a cara del rostro de Cristo, que Teresa había buscado. Morir para ella era vivir, porque era encontrarse con la vida que es Cristo Jesús, a quien ella había amado tanto, a quien tanto había deseado, a quien tan felizmente había servido y que había sido el «todo» para ella.

Por eso, son tan lógicas y tan coherentes las palabras que en aquel atardecer del 4 de octubre de 1582 florecieron en los labios y en el corazón de la Santa, palabras que aún parece

que podemos escuchar: «Señor y esposo mío, ya es llegada la hora deseada, tiempo es ya que nos veamos. Señor mío, sea enhorabuena y cúmplase vuestra santísima voluntad. Ya es llegada la hora en que yo salga de este destierro y mi alma goce en una con vos de lo que tanto he deseado». Su muerte, en consecuencia, fue el encuentro con Aquél, que, mientras todo pasa, no cambia jamás, basta para siempre y para siempre es vida y gozo y riqueza de quienes lo aman. «Todo se pasa, Dios no se muda, sólo Dios basta».

Si al recibir por última vez la Eucaristía, sus palabras expresaban el ardiente deseo de ver a Jesús, así también una de las últimas exclamaciones sellaba su amor a la Madre Iglesia. Nos lo cuenta el primer biógrafo Ribera. «Daba a Dios muchas gracias, porque la había hecho hija de la Iglesia y porque moría en ella y muchas veces repetía esto: «En fin, Señor, soy hija de la Iglesia». Por lo mismo podía asegurar tranquilamente: «Todo lo que ella veía y entendía, siempre la afirmaba más en la fe católica, en que siempre estuvo y está firme con grandísimo deseo de la honra de Dios y bien de las almas».

En el centenario de su ingreso en el mundo de la verdadera vida, Teresa nos invita a recibir el mensaje que nos ofrece, mensaje que marcó nuevos rumbos y abrió caminos de vida y señaló rutas de esperanza: fue como faro luminoso que iluminó la verdadera reforma de la Iglesia. De esta manera su Centenario será para todos una alborada de vida nueva, de fe y de caridad, una doctrina fresca como agua de manantial clara y vivificante.

Pablo VI declaró, con motivo del doctorado de la Santa, que llegaba en su justo momento y Juan Pablo II, después de afirmar que desde su infancia ha estado estrechamente vinculado a la admirable Santa Teresa de Jesús, para así poder comprender a fondo su insigne doctrina y nutrirse de la espiritualidad carmelitana, confía en que durante su Centenario encuentre muchos discípulos, más bien que de su estilo personal, como escritora, discípulos que aprendan a revalorizar la vida interior, a fin de poder alcanzar los propósitos y fines del año teresiano: su carácter primordialmente reli-

gioso y espiritual, a la vez que contribuya al progreso de las letras, en que la Santa brilló de modo tan extraordinario.

La Academia Sevillana de Buenas Letras y las ejemplares hijas de Teresa de Jesús rinden testimonio de profunda gratitud a cuantos han acudido a celebrar este acto académico en honor de la Virgen de Avila, de la mujer fuerte, de la mística doctora, de la escritora castiza, de la reformadora insigne, que es ante todo y sobre todo la gran Teresa de Jesús, la gran mujer a quien la Iglesia venera como Santa, España cual Patrona, la ciencia cual Doctora, como poeta la poesía. He ahí por qué el IV Centenario de su muerte interesa al mismo mundo de la cultura.

Quiera el Señor que este homenaje que le hemos dedicado, además de contribuir al esplendor de su gloria, nos ayude a revalorizar todas aquellas virtudes de la raza que la Santa de Avila encarnó en tan alto grado y ojalá que la Santísima Virgen del Carmen, tan amada y devotamente servida por su sierva, nos conceda sentir y vivir plenamente tan alto ideal.